

INTRODUCCIÓN

Elide Pittarello *Università Ca' Foscari-Venezia*

Fernando Valls *Universidad Autónoma de Barcelona*

Los autores del 50 representan hoy para los lectores y estudiosos lo mismo que significaron los componentes del 27 durante los últimos años del franquismo y los primeros de la Transición, los maestros cercanos. Pero si estos fueron en esencia un grupo de poetas, los escritores del *mediosiglo* cultivaron todos los géneros: la poesía, la novela, el cuento, el microrrelato, la literatura de viajes, el teatro, el retrato literario, el ensayo y la traducción. Y conforme fue pasando el tiempo, varios de ellos nos dejaron sus memorias, e incluso en los últimos años han visto la luz sus epistolarios, gracias también al impulso dado por proyectos como el dirigido por José Teruel sobre *Epistolarios, memorias, diarios, géneros autobiográficos de la cultura española del medio siglo*. Las fundaciones privadas, con apoyo institucional, también han desarrollado una importante labor, organizando congresos y cursos, o editando libros o revistas, como las que llevan el nombre de Luis Goytisolo o José Manuel Caballero Bonald, por no salir del terreno estricto de la narrativa.

Pero, además, estos escritores, fueron *niños de la guerra*, tal como los denominó Josefina Rodríguez, y autodidactas, también conocidos algunos como representantes de la *Escuela de Barcelona* (Ana María Matute, Carlos Barral, Juan y Luis Goytisolo y Juan Marsé), mientras que otros podrían adscribirse a una menos compacta *escuela madrileña*, ya que si, por un lado, se relacionaba el matrimonio Aldecoa y el de Martín Gaité y Sánchez Ferlosio con Fernández Santos, Medardo Fraile o Alfonso Sastre, por otro, cabe señalar el dúo compuesto por los dos juanes: Benet y García Hortelano. Si bien Caballero Bonald, tras su estancia en Colombia, y habiéndose instalado en Palma de Mallorca, cultivó afinidades con los escritores de Madrid y de Barcelona, por su vinculación con el Partido Comunista, como Armando López Salinas, Antonio Ferres o Jesús López Pacheco, muchos de ellos lo hicieron en cambio, en calidad de compañeros de viaje, destacando la afición de casi todos al vino y a las tertulias de taberna, fomentando unas amistades sólidas. Sus viviendas fueron lugar de encuentro, *casas de la amistad*, como ocurrió en los casos del matrimonio Aldecoa, García Hortelano o Benet, en Madrid, la vivienda de Barral en Barcelona, o el sótano, “más negro que mi reputación”, de Gil de Biedma.

Hoy cuentan con una inmensa bibliografía, que incluye ediciones, antologías, bastantes libros, innumerables artículos y biografías. E incluso existe una revista, la exquisita *Campo de Agramante*, editada por la Fundación Caballero Bonald, dedicada a la difusión de la obra y al estudio de estos autores. Con este propósito se ha creado recientemente la Fundación Carmen Martín Gaité, adoptando el rótulo de *Centro de Estudios de los años 50*. También resulta necesario recordar los trabajos teóricos de Alfonso Sastre sobre el realismo, así como a los tres críticos que los acompañaron sobre todo en sus inicios: Rafael Vázquez Zamora, José María Castellet y Antonio Vilanova, a los que habría que añadir al profesor, y poeta, Eugenio G. de Nora, quien desde su exilio en Berna nos proporcionó pronto una primera versión de la historia de la novela de estos años.

Varios de aquellos a quienes la vida les concedió tiempo, no fue el caso de Luis Martín-Santos, Ignacio Aldecoa o Juan Benet, figuran entre los premiados con el Cervantes: Rafael Sánchez Ferlosio (2004), Juan Marsé (2008), Ana María Matute (2010), José Manuel Caballero Bonald (2012) y Juan Goytisolo (2014). De igual manera, muchos de los miembros de este grupo también forman parte de la historia de otros reconocimientos igualmente prestigiosos, como son el Premio Príncipe de Asturias (Carmen Martín Gaité en 1988), el de las Letras Españolas (Martín Gaité, 1988; Caballero Bonald, 2005; Ana María Matute, 2007; Juan Goytisolo, 2008; Sánchez Ferlosio, 2009; Castellet, 2010; y Luis Goytisolo, 2013) y el más veterano de todos ellos: el Premio de la Crítica.

Pero nosotros vamos a centrarnos en esta ocasión en la prosa narrativa, en la novela, el cuento y el microrrelato. Así, en el terreno de la narrativa breve, durante los años 50 y buena parte de los 60, nos legaron obras que hoy consideramos seminales, e incluso memorables, mientras que en la novela iniciaron el camino de una modernización que desembocó pronto en el postmodernismo, superando el aislamiento mediante la lectura de la narrativa norteamericana, italiana o francesa, a veces en traducciones que procedían de la otra orilla del Atlántico, o mediante su fascinación por el cine, emulando a partir de los primeros sesenta a los narradores hispanoamericanos del llamado *boom*. Esa evolución se aprecia en el abandono progresivo del *realismo social* o *crítico*, así denominado al no poder tacharse de *realismo socialista*, para adentrarse en el *neorrealismo*, de estirpe italiana, a la manera de Sánchez Ferlosio o Ignacio Aldecoa, y en el denominado *realismo dialéctico*, tal y como lo cultivara Martín-Santos, para transitar a partir de los 60 caminos más innovadores, allanando el terreno a la brillante generación posterior, la de Rafael Chirbes, y todavía en plena producción, compuesta por Álvaro Pombo, Luis Mateo Díez, José María Merino, Cristina Fernández Cubas, Juan José Millás o Javier Marías.

Así, muchas de sus obras figuran hoy en el canon de la mejor narrativa del siglo XX. Pero, además, algunos de estos autores han sido reconocidos como maestros por las generaciones posteriores, como en el caso de Juan Benet (Álvaro Pombo, Félix de Azúa, Vicente Molina Foix y Javier Marías), Rafael Sánchez Ferlosio (Azúa o Gonzalo Hidalgo Bayal), Juan Marsé (Rafael Chirbes, Antonio Muñoz Molina, Almudena Grandes o Javier Cercas) o Juan Goytisolo, exaltado por los miembros de la motejada como *generación Nocilla*.

En este estudio y balance de autores y obras consolidadas, pero vivas, es necesario que sigamos planteándonos unos temas posibles para la indagación hasta completar un panorama que nos proporcione una imagen actual de las aportaciones de estos narradores. En este sentido el estudio de Geneviève Champeau sobre *Imaginarios y poéticas del conflicto en la narrativa de la “generación del 50”*, fundado en una documentada sabiduría retrospectiva, vuelve a examinar conceptos clave del periodo, enriqueciéndolos con las nociones esenciales que han afinado mientras tanto el alcance del análisis. Por ejemplo, aunque parece un término irrenunciable, ya no se puede hablar de “generación” sin tener en cuenta factores como la distribución topológica y la dinámica socio-política y cultural que matizan el determinismo originario. El marco vivencial de la guerra civil y la posguerra es común, pero al dar cuenta de las miserias e iniquidades de las que seguían siendo testigos, estos escritores hilan narraciones muy diferentes aún dentro del realismo dominante de las primeras décadas. Con el régimen de Franco que se transforma pero perdura, hay autores que cuestionan el paradigma estético de los comienzos atemperando y hasta subvirtiendo sus bases, sin contar con el caso heterodoxo de quien jamás dio su adhesión y emprendió el camino contrario, el de la dicción enigmática –o por lo menos ambigua– ante un mundo en ruinas, inexplicable y sin futuro.

El balance de esta generación también se puede trazar articulando la perspectiva desde una sola voz, pero tan modulada, receptiva y plural que abarca de forma modélica los cambios coyunturales decisivos de la segunda mitad del siglo XX. Nos referimos a *El pensamiento narrativo de Carmen Martín Gaité. La autoafirmación de una poética*, donde José Teruel ahonda no solo con la férrea competencia de quien ha cuidado durante más de una década la esmerada edición de los siete volúmenes de las *Obras completas* de la autora, sino con una originalidad de juicio que hubiera sido impensable en una época más encorsetada o menos fluida que la actual. Con respecto a la cohesión estilística y filosófica de los escritores renombrados de su quinta, las que se vieron en su momento como fragilidades típicas de la escritura femenina –con la mezcla de autobiografía y ficción a la cabeza– se valoran hoy como fértiles titubeos experimentales. Dentro de los cánones litera-

rios deconstruidos y cruzados de Carmen Martín Gaité, quien entre otras cosas asumió el legado de la memoria de su generación, caben tanto los escritos que anhelan el hallazgo del interlocutor como los que exploran en soledad las rutas del amotinamiento literario. La autora guardó celosamente esas páginas en un cajón. Su publicación póstuma arroja luz sobre una complejidad acorde con muchos interrogantes de nuestro tiempo.

Un balance puede llevarse a cabo de muchas maneras, apuntando a la dinámica del periodo elegido o corroborando los factores afianzados o sometiendo a un enfoque particular aspectos que han quedado al margen de la tradición crítica. Así mientras el recorrido de Gonzalo Navajas por las etapas creativas de Juan Goytisolo confirma el conocimiento canónico acerca del autor, el trabajo de Antonio Candelero sobre las fábulas satíricas de Luis Goytisolo integra la recepción de la obra narrativa mayor, a la vez que la cala de Francisco García Jurado en una novela del mismo autor –*La cólera de Aquiles*– saca a relucir una singular urdimbre intertextual con la lírica de Safo, basada en la edición de los líricos griegos arcaicos que realizó Joan Ferraté.

Otras relecturas de escritores del 50 cuajan alrededor de textos breves, por lo general desatendidos, que brindan la ocasión de detectar los elementos fundacionales que a la postre se convirtieron en rasgos característicos, identitarios. Con esta finalidad, Carmen María Pujante Segura examina “La pequeña vida”, de Ana María Matute, un relato seminal a la luz del tema del tiempo y de la configuración de un estilo que despliega en las novelas que le darían la fama. Cuando se conoce cronológicamente toda la producción de un autor, cabe tildar de destino o de encadenamiento necesario de la escritura lo que en principio no pasaba de ser tanteo y descubrimiento e ilusión. Son los recursos paradójicos del historiador que también acuden a su imaginación en el momento de elegir dónde acometer su tarea y cómo encarrilarla: si buceando en el pasado o barajando un futuro inevitablemente perfecto, cumplido con anterioridad. Dando por adquirido el talento ficcional y el compromiso ético de Juan García Hortelano, también Carmen Morán Rodríguez privilegia el estudio de un breve relato, “Las horcas caudinas”, manteniendo el conjunto de la obra del autor al fondo. La invención estratégica del punto de vista infantil posibilita en este caso una versión ingenua y hasta insolente de la guerra civil. Salpicada de lagunas diegéticas, en la narración destaca por contraste la tragedia callada de la edad adulta sin traicionar (del todo) la verosimilitud que prescribe el realismo.

Puesto que estos escritores llevaron a cabo parte de su obra durante la dictadura, habría que considerar también las distintas *estrategias de silencio* que utilizaron, las relaciones que mantuvieron con los escritores del exilio republicano y, muy

ligado a ellas, las etapas de la ética y estética de su ficción narrativa, o de qué procedimientos se valieron para *volver a narrar*, partiendo *de la tradición* y aspirando *a la innovación* e incluso *al experimentalismo*, de lo que serían buenos ejemplos Juan Goytisolo o Carmen Martín Gaité. A este propósito, un texto clave de esta autora es sin lugar a dudas *El cuarto de atrás* (1978), metafórica bisagra entre lo perspicuo y lo inexplicable, audaz hibridación de discursos de la tradición y el postmodernismo que Giovanna Fiordaliso vuelve a examinar valiéndose de las herramientas teóricas de Francesco Orlando en torno a lo sobrenatural.

Y ya, en las últimas décadas, la construcción de la denominada *memoria histórica* por medio de la ficción, en el papel de escritores testigo, *niños de la guerra*. Asimismo, no debería perderse de vista el papel que desempeñaron las revistas (*Laye, Acento Cultural, Ínsula* o *Papeles de Son Armadans*), las editoriales, con Destino y Seix Barral a la cabeza, y los premios, sobre todo el Nadal, el Leopoldo Alas de cuentos o el Biblioteca Breve, en la configuración del grupo y de un canon que casi sigue perdurando en nuestros días. En este monográfico valga como ejemplo el rastreo de la segunda etapa de la revista *La Hora* (1948-1950) que realiza Carmen Valcárcel, pasando lista de quienes publicaron allí sus cuentos juveniles: autores noveles como Medardo Fraile, Alfonso Sastre, José María de Quinto, Carmen Martín Gaité, Rafael Sánchez Ferlosio, Carlos Edmundo de Ory, Juan García Hortelano, Ana María Matute e Ignacio Aldecoa. En otras palabras, la generación de los 50 en su fase de aprendizaje, escritores en ciernes que allí forjaron en su mayoría el testimonio compasivo de lo que era urgente contar al final de la primera década de la posguerra: la escualidez cotidiana, la pobreza, el fracaso, la marginación, etcétera.

Pero quizás el problema mayor que se le presenta hoy a la historia literaria sea cómo integrar a los narradores que hicieron su obra en el exilio republicano, para lo que resulta imprescindible cuestionar algunos de los esquemas, conceptos y valoraciones que hemos venido aplicando hasta el presente. En eso estamos, con la esperanza de que este monográfico contribuya a un conocimiento más matizado y complejo de la llamada generación del *mediosiglo*.

Elide Pittarello es profesora emérita de Literatura española en la Universidad Ca' Foscari Venezia y académica correspondiente extranjera de la Real Academia Española. Sus estudios sobre novela, poesía, autobiografía y ensayo atañen sobre todo a la época contemporánea. Ha privilegiado en años recientes el tema de la memoria histórica y las relaciones entre literatura y artes visuales (fotografía, pintura, collage), reuniendo algunos de estos trabajos en *Poesía e imagen* (Murcia, Edit.um 2018). Ha llevado a cabo las ediciones de Ignacio Aldecoa, *Parte de una historia* (Madrid, Castalia

2005), Javier Marías, *Corazón tan blanco* (Barcelona, Crítica 2006), Federico García Lorca, *Nozze di sangue*, (Venezia, Marsilio 2013), Guillermo Carnero, *Jardín concluso* (Madrid, Cátedra 2020).

pittarel@unive.it

Fernando Valls es profesor de Literatura Española Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona. En 1999 obtuvo, con el poeta Juan Luis Panero, el XII Premio Internacional Comillas, por *Sin rumbo cierto. Memorias conversadas con Fernando Valls* (2000). Ha dirigido la revista literaria *Químera* y las colecciones Reloj de arena y Cristal de cuarzo de la editorial Menoscuarto, dedicadas a la creación en los distintos géneros de la narrativa breve y al ensayo literario. Gran parte de sus trabajos (libros, ediciones, artículos y reseñas) los ha dedicado al estudio de la narrativa española, desde la guerra civil hasta el presente, de Max Aub y Chaves Nogales, Álvaro Cunqueiro y Juan Marsé, hasta Juan Eduardo Zúñiga, Rafael Chirbes, Luis Mateo Díez, José María Merino, Cristina Fernández Cubas o Javier Marías. Sus últimos estudios se ocupan de las relaciones culturales y literarias entre Italia y España.

fernando.valls@uab.cat